

## Un judío errante

### 1

La historia de los pueblos vulgares - cromañones, asirios, chinos, etc. - pertenece a la historia del mundo. La historia de los hebreos, en cambio, es una historia sagrada, una historia privilegiada y sobrenatural del pueblo de Dios que acaba, según los cristianos, cuando Jesús muere en la crucifixión. Después, episodios como la intifada, los asesinatos selectivos o la erección de muros de la vergüenza no pueden ya parangonarse a las luchas contra filisteos. Y sucesos como el holocausto en los campos de concentración nazis tampoco tienen el sentido purgativo del exilio en Babilonia. ¿Por qué? Pregunten en otro lado. En cualquier caso, para los hebreos modernos, pendientes aún de la venida del Mesías (como los herejes o “protestantes” judíos de la parusía o segunda venida) el pueblo elegido sigue siendo el protagonista de la Historia, el ombligo del mundo. Con Cristo, ya no hay ni griegos ni judíos ni paganos, pero claro que eso solamente si todos los pueblos son cristianos. Ecumenismo, pero bien entendido. Sin duda Jesús fue judío, pero no sabemos si Cristo es cristiano y si es posible ser judío y cristiano al mismo tiempo como fue el hijo de José y de María. Los romanos, que juntaban divinidades en el panteón sumando a los propios los dioses ajenos, no sabían diferenciar con claridad a hebreos y cristianos, a Saulo del Paulo tras la caída del caballo. Y algo de razón tenían. Ambos -más tarde se unirán a ellos los mahometanos - provienen de un hombre extraordinario, un “arameo errante”, un patriarca legendario al que el Dios único de las tres religiones distintas le cambiará el nombre corto de “Abram” por el más largo de “Abraham”. La prótesis de esa sílaba final se acompaña con la promesa del alargamiento de su prole hasta llegar a ser tan numerosa como las estrellas del cielo. Cosa rara dado que su mujer es ya mayor y es estéril. Como la moral de los viejos patriarcas no es igual a la moral de los modernos padres, Dios permite que un hombre tenga varias mujeres sin que ello sea un delito como la bigamia o un pecado como el adulterio. La concubina, suplente de Sara, la mujer legal, le dará un hijo que se llamará Ismael, un nombre que rima con Israel y del que le separa una letra, tal como hoy separa un muro a los palestinos árabes, descendientes de Ismael, de los hijos de Israel. La condición de esa promesa es que abandone su tierra para ir a otra prometida donde mana “leche y miel” para gusto de muchos golosos y disgusto de otros que no aman tanto juntar el trabajo de las abejas con el de las vacas. ¿Qué puede obligar a un hombre a salir de su país con toda

su parentela? La historia nos da sobrados casos de peregrinos que huyen de sus compatriotas o de extranjeros enemigos de su religión. Como los puritanos que salen de Inglaterra hacia Holanda y de allí a las colonias americanas, la parentela de Abraham busca una nueva tierra donde poder respirar un aire de libertad. No debía ser fácil sostener una religión monoteísta entre medio de pueblos vecinos con altares poblados de ídolos. Abraham sale en polvorosa, si no por sus piernas, por las patas de sus camellos. La primera escala en la búsqueda de esa tierra prometida que produce leche melada es Egipto, que dará a los hebreos el amor nostálgico a las cebollas perdidas cuando vuelvan a salir, una vez más, por esos mundos de Dios buscando una rama donde posarse. En la tierra de los faraones, Abraham, impulsado por una rara cobardía, tiene una extrañísima ocurrencia: hacer pasar a su mujer por su hermana. En suma, la pone en brazos del faraón. En cierta película franquista la censura, para ocultar un adulterio, transforma a los amantes en hermanos con la consecuencia de que sus diálogos suenan a incesto. Ciertamente la moral puede ser la cosa más divertida y mudable del mundo.

Pero el hecho más notorio en la biografía del patriarca Abraham es la tentativa frustrada del sacrificio de su único hijo, su único hijo legal, el adolescente Isaac. Ya sabemos que se trata de una historia, como la de Job, con un *happy end*, un final feliz. Un ángel detiene al sicario con la sica en la mano justo antes de cometer su crimen bajo mandato. En Abraham pesa más la voluntad del Padre que el amor al hijo de su sangre. Aquí tenemos el problema de la "obediencia ciega", algo más comprensible en un carcelero que puede ser gaseado si no gasea a un judío que en un judío que nada pierde en pedir explicaciones. Los exégetas de la Biblia pretenden justificar la conducta de Abraham señalando que los sacrificios humanos eran normales entre los pueblos antiguos y Yahvé pretende "dar una lección" mostrando su carácter humano manteniendo el dramatismo hasta el último instante. Sin embargo, se olvida que se pone en boca de un supuesto demonio la siguiente reflexión que tuvo que suceder en la mente del patriarca: "¿Cómo un dios de misericordia puede actuar de una manera tan malvada?". He aquí un problema intelectual que hubiese encantado a los escolásticos medievales amantes de enfrentar la omnipotencia de la voluntad divina y la racionalidad del supremo ente como si fuesen dos trenes de alta velocidad circulando en direcciones opuestas por la misma vía. ¿Puede el Bien salir del Mal? ¿Y el Mal del Bien?

Muerto Abraham, su único hijo (al menos su único hijo legal) queda como heredero de la promesa tras haber salvado su vida

como un preso inocente que recibe el indulto un instante antes de que el verdugo le ponga la inyección mortal o conecte la silla eléctrica, ese método tan civilizado de enviar al otro barrio que tiene una nación que gusta decir “Dios bendiga América”.

Isaac, ciego en la vejez, debe transmitir a ciegas la promesa recibida por su padre a su hijo mayor Esaú. Su esposa Rebeca le engaña, pero no con otro hombre en el sentido en que el engaño se puede entender referido a una mujer con un hombre. El cómplice del engaño es su hijo Jacob, el preferido, el menor, el niño de mama. Muchas veces los padres son los culpables de los celos de sus vástagos. El mismo Yahvé se inclinó hacia las primicias de Abel desdeñando las de Caín. Pues bien, Jacob suplanta a su hermano y para que su padre ciego no sospeche y su tacto le diga lo que no le dicen los ojos, se pone una piel de cabrito encima para hacerse pasar por el velludo Esaú. Aunque Isaac llega a conocer la trampa después de realizada no puede volver atrás. Sin duda algún tecnicismo propio del derecho de herencia, similar a las prescripciones que impiden juzgar a los villanos porque se ha pasado el tiempo y no vamos a perder el tiempo juzgando el pasado. Pelillos a la mar. Si tuviéramos que saltar de tirano en tirano de los que se han ido de rositas del lecho al infierno y sin pagar nada aquí abajo (a veces con la bendición de los supuestos criados del Señor) no acabaríamos nunca hasta llegar las épocas más remotas. Ahora bien, si el que “a hierro mata a hierro muere”, palabras que repite Jesús y que toma de la ley de Moisés, el que engaña es también engañado. O sea, el burlador Jacob es burlado a su vez por su suegro que le cuela bajo velo a la hermana de su amada Raquel, tal vez porque sin dichos subterfugios no hubiera habido modo de hacerla casar. ¡Quién sabe! El hecho es que Jacob tiene que servir el doble de años estipulados con su futuro suegro para tener derecho a casarse con la mujer que realmente quiere. Pero todo está bien, si bien acaba. La felicidad de Jacob se refleja en el aumento de la prole. Abraham tuvo un hijo (¿Ismael no cuenta?); Isaac, tendrá dos gemelos; Jacob tendrá nada menos que doce, las doce tribus de Israel (así rebautiza Yahvé a Jacob). Doce: una cifra impregnada de simbolismo. Como los doce apóstoles cristianos y las doce horas que se reparten todas las direcciones de la esfera del reloj. Si Jesús tiene su “discípulo amado”, el joven Juan, Jacob también cuenta con su preferido, como él lo fue antes de su madre: su hijo José. Un día, cuando el muchacho se pavoneaba ante sus hermanos mayores mientras cuidaban el ganado de la familia, éstos deciden conjurarse para venderlo como esclavo a una caravana de mercaderes camino de Egipto. A su padre le engañan con el cuento de que una fiera lo ha matado. En la tierra de los faraones, José

prospera y llega a ser mayordomo de la casa de un personaje importante. Pero entonces sucede un episodio que recuerda a la película "El Graduado". La mujer de Putifar, su amo, y a la que suponemos algo madurita, se obsesiona con el mocito y pretende convertirlo en su gigolo, una cosa a la que se opone el casto hijo de Jacob. Pero una mujer despreciada es una cosa terrible. José es acusado de querer seducir y violar a su señora y acaba con sus huesos en la cárcel. En aquel tiempo, el faraón es perturbado por el sueño de unas vacas gordas que se comen a unas vacas flacas. El sueño es una frontera entre la vigilia consciente de la vida humana y la vida meramente orgánica que sirve como anticipo imaginario de la muerte. En el sueño no sabemos bien si vivimos o si asistimos a la vida sentados como los espectadores de teatro. Dios, que suele mostrarse y esconderse, aparecer y velarse, usa los sueños para comunicarse con los hombres mediante sus mensajeros, los ángeles. Jacob se pasó toda una noche luchando contra el ángel del Señor. ¿Existe algún medio mejor de describir una pesadilla, esos íncubos en los que un genio parece posarse en nuestro pecho? En el siglo XX un judío, Freud, se propuso interpretar los sueños por medio de la ciencia. El psicoanálisis extrae con fórceps el inconsciente de nuestro yo profundo que nace como un niño envuelto en un claroscuro de inmundicia. En la época de los faraones, José, de la misma raza del científico austriaco, también interpreta los sueños. Pero no se trata de ciencia ni de magia sino de un don divino propio de los adivinos que profetizan. El sentido del sueño del faraón es aclarado: vendrán siete años de buenas cosechas y siete años hambre. Como dice la sabiduría popular: "a la gran sequía, la gran remojada". Se debe almacenar en silos el grano excedente para esperar los malos tiempos. He aquí un saludable consejo económico que parecen olvidar aquellos que hablan de crecimiento sostenido y no ahorran en bonanza para aguantar en la depresión. José, como algunos especuladores de bolsa, acierta plenamente en sus pronósticos y su perspicacia le vale hacer carrera política llegando a ser el primer ministro del faraón. Sobrevienen los años de hambre, la hambruna representada por las vacas flacas, y los hermanos de José acuden a Egipto en busca de grano para alimentarse. Por supuesto, aquel mozo imberbe que un día fue vendido como esclavo a una caravana de mercaderes ha cambiado mucho de aspecto, y más aún revestido con los hábitos de un gran señor egipcio. Y aquí podemos esperar que ha llegado la hora de la venganza. José no se identifica, atiende con suma delicadeza a los extranjeros hebreos y los envía de regreso a su país. Pero se cuida de que entre sus pertenencias se meta unas copas de oro para hacerles detener como ladrones. Y es

en ese instante de máxima tensión cuando José se descubre ante sus hermanos que temen las represalias del hermano transformado en un hombre poderoso. Sin embargo, José les perdona y los envía con regalos para que le den la buena nueva a su padre. Claro está que ello obligará a los hermanos a justificarse por su acción injustificable.

Suele ser bastante habitual que un personaje importante en una corte extranjera favorezca a su pueblo o bien que sus familiares y allegados busquen beneficiarse de la buena situación de su pariente. Durante el gobierno de José, y mientras dura el recuerdo de aquel ministro semita, los hebreos prosperan en Egipto como las setas después de las lluvias. Pero todo se acaba en la vida y cuando los extranjeros superan un cierto umbral los “nacionales” o nativos comienzan a recelar. Siempre ha sido así. Los inmigrantes son buenos para trabajar, tal vez se les necesita, pero ¿pesan más sus dos manos que su boca? ¿Y qué decir de su lengua bárbara, de sus costumbres ajenas, de su culto a unos dioses distintos? Los israelitas, como ha sucedido siempre en la historia, no se asimilan al pueblo donde viven. Un judío alemán o ruso será judío antes que ruso o alemán, igual que un jesuita debe primero obediencia al Papa y, luego, al emperador. Ante esta situación los gobiernos suelen adoptar dos políticas poco elogiadas: expulsión (como los reyes católicos) o exterminio (como los nacionalsocialistas).

## 2

La historia de Moisés refleja el conflicto del mestizaje, cuando se ve empujado a tomar la decisión de inclinarse hacia la llamada de la sangre o la de la educación. Los hebreos, caídos en desgracia con un faraón orgulloso, son obligados a realizar los más duros trabajos fabricando ladrillos y teniendo que buscar ellos mismos la paja necesaria. Moisés (“salvado de las aguas”, como suele traducirse viendo en la “m” las olas) es hebreo de linaje pero ha sido criado en palacio por la hija del faraón que lo encontró como un expósito abandonado mientras se bañaba en las aguas del río Nilo. Este singular nacimiento es el mismo que una leyenda atribuye al rey acadio Sargón. Algunos dicen que el niño fue abandonado en el río para salvarlo de la orden dada por el faraón de matar a todos los primogénitos hijos de Abraham. La historia reciente de los Balcanes acredita estos métodos criminales para inclinar la balanza del predominio étnico. Sin embargo, una duda se plantea: ¿solamente a una mujer hebrea se le ocurrió meter a su hijo en una canasta y soltarlo en la corriente fluvial? Podemos pensar que si Moisés fue encontrado fue también porque era

buscado allí dónde se había mandado dejarlo. La hija del faraón pudo tener un “desliz” con algún guapo mozo de la raza semita y, mediante el “hallazgo”, lavaba en el río su pecado. Sea de ello lo que fuere poco importa. El hecho es que Moisés tiene una formación “egipcia” y una “sangre” judía. ¿Cuál de las dos va a prevalecer si chocan? Cierta día, Moisés ve cómo un capataz maltrata a un hebreo y la sangre de su pueblo le arde en el pecho. Moisés es un “chicarrón” como Platón, un “Sinaí de piedra” tal como lo esculpe Miguel Ángel. Y el hijo “adoptivo” de la hija del faraón no se anda con chiquitas y, con la fuerza de sus poderosos brazos, mata al maltratador. Honra a la justicia del faraón el hecho de que ni siquiera un miembro de su familia, aunque sea adoptivo, se libre al castigo merecido por un asesinato. Moisés debe escapar fuera del dominio de Egipto y vive entre los madianitas casándose con una hija de dicho pueblo. Pero un día ve arder una zarza que parece no consumirse. Los botánicos señalan que existe un arbusto con glándulas aceitosas que pueden incendiarse por el calor y alimentar largo tiempo la combustión con dicha sustancia oleaginosa. Sea lo que fuere, la visión de la zarza hace Moisés se enzarce de nuevo en esa lucha por mantenerse fiel a su pueblo o bien romper amarras definitivamente con su raza. La voz de Yahvé le inspira la que será su vocación hasta el día de la muerte: liberar a los hebreos del yugo del faraón y conducirlos hasta la tierra prometida, promesa pendiente desde el patriarca Abraham. Como su delito está olvidado o prescrito, Moisés vuelve a la tierra de la que huyó para obligar al faraón a que deje salir a su pueblo de Egipto. En un principio adopta la táctica astuta del negociador: se trata de unas “vacaciones” en las que los hebreos puedan rendir culto a su dios. El faraón, que no es tonto, comprende que si el pájaro sale de la jaula en la que está encerrado no regresa. Los hebreos, esclavizados, son necesarios para el buen funcionamiento del país. ¡Qué lástima si debe soportar su orgullo, la dureza de su cerviz que al mismo Yahvé llena de cólera! Y Moisés pasa de los subterfugios a las amenazas declaradas. El faraón, picado, hace llamar a sus magos y se establece una competencia de habilidades circenses con unos palos que se hacen serpientes y unas serpientes que se hacen palos. No resulta demasiado difícil sospechar que algunas sustancias inoculadas en las culebras, como la mirada de los hipnotizadores, las dejan tan rígidas rígidas como un bastón. Pero las serpientes de Moisés, más hambrientas y poderosas, se zampan a las de los magos oficiales del faraón. A pesar de su derrota, el faraón no se resigna a dejar salir una mano de obra calificada y barata. Yahvé en persona tiene que intervenir mandando diez plagas horribles que doblegan al faraón igual que la bomba atómica

al emperador japonés. Cada una de las plagas, por sí solas, no es excepcional en Oriente y puede ser explicada de una manera racional. La sangre que tiñe el río Nilo, por ejemplo, puede deberse al limo marrón, arcilloso, que se desprende de las tierras más arriba. Y la extraña muerte de los primogénitos (que no tenemos por qué creer fuese generalizada) podría deberse a causas médicas congénitas o una epidemia que no afecta a los hebreos ya que no existe ni mezcla de sangres ni excesivo contacto. Claro está que todas juntas, una tras otra hasta sumar diez, es ya demasiada mala suerte o demasiada mala voluntad de un Dios que se muestra demasiado parcial hacia una parte ínfima de toda la humanidad creada a su imagen y semejanza.

Los hebreos obtienen el permiso de salir de Egipto (una visa del revés) y con el éxodo a través del desierto se inicia una aventura más fantástica aún que la de los pioneros americanos hacia el oeste en busca de tierras nuevas. Pero ¿dónde se halla ese El dorado de la tierra prometida? Moisés no debe saberlo bien pues se pierde y realiza el camino más largo hacia Canaán. No puede decirse que le faltaba la brújula, los mapas o los GPS modernos, pues posiblemente alguna fracción de su pueblo tomó el camino directo que ya era de sobras conocido. Pero, antes de deambular en el desierto, los hebreos se benefician una vez más del favor de Yahvé. El faraón, arrepentido de su decisión, manda al ejército para que haga volver a los judíos, pero estos cruzan el mar Rojo mediante un milagroso tajo que parte las aguas en dos partes y que en la pantalla queda muy bonito incluso con los viejos efectos especiales. Moisés y los suyos pasan a la otra orilla con los pies secos y cuando los egipcios llegan al mar, en medio del paso (¿no podría haber sido en la orilla?) éste se encierra y los carros y todos los soldados perecen. Los historiadores racionalistas, empeñados en quitar su poesía a esta historia sagrada que tanto juega da para la imaginación infantil y la de los directores de películas, han buscado una explicación convincente: ciertos vientos soplan y provocan en el estrecho del mar de las cañas un reflujó, una bajamar; al seguir la pleamar el mar, cortado en dos, vuelve a juntarse. El barro, la violencia de las aguas y la exageración nacionalista y religiosa hacen el resto. Los hebreos se libran de sus dueños pero tal vez huyen del fuego para quemarse en las brasas y van de Guatemala a “guatepeor”. Hambrientos en su paso errabundo por el desierto comienzan a sentir nostalgia de las cebollas que comían en Egipto. O sea, dame pan y soporto todo. Las existencias de los panes ácimos, esa comida “take away” para los que tienen prisa y no pueden esperar, se ha terminado. Moisés, como un capitán de barco, tiene que afrontar una rebelión “a bordo”, un amotinamiento

en pleno océano desértico, pidiendo ayuda a Yahvé que les envía *maná*, un alimento llovido del cielo. ¿Y qué es *maná*? Pues una semilla ligera que vuela con el vendaval y se posa en las piedras. ¿Acaso los pájaros del campo no encuentran también su alimento en la naturaleza? La vida en el desierto será una dura prueba para el pueblo de Yahvé, pero ninguna recompensa se logra jamás sin esfuerzo. Después de todo han sido cuarenta años de privaciones. Moisés, sin ejército, tuvo que demostrar unas cualidades superiores a las de algunos dictadorzuelos que gobernaron a sus compatriotas dándoles cuatro décadas de “paz y de progreso”. Cuando los hebreos se vuelvan sedentarios recordarán aquellos días celebrando la “Fiesta de las Chozas”. Claro está que los más sibaritas se contentarán con pintar cabañas falsas y adornar sus viviendas como si todavía fueran arameos errantes.

La travesía del desierto tendrá un punto culminante: las tablas de la Ley que el Señor entrega a Moisés en lo alto del monte Sinaí. Hasta entonces, Dios había pactado con Noé mediante una escritura pictográfica, un arco iris dibujado en el cielo después del Diluvio. Ahora bien, la pintura en el cielo se diluye y la Alianza primitiva queda hecha papel mojado. Además, no sabemos si Noé era sumerio, acadio, hebreo o sencillamente un representante cualquiera de la humanidad. ¿Qué pensar de un texto legal que se borra y del que no sabemos la identidad de uno de los firmantes por no decir de ninguno de ellos? Yahvé tiene que volver a pactar, pero esta vez por escrito, en piedra grabada para que conste su voluntad. Lo duro, dura. En esas losas Dios establece su Decálogo, sus principios morales. Pues bien, o Moisés no debía saber leer, o no entendía la letra de Dios o no le dio tiempo a la lectura de los diez mandamientos. Uno de ellos, el que hoy tenemos como quinto, establece claramente la prohibición de matar. Sin embargo, cuando el caudillo hebreo baja del Sinaí y comprueba que su pueblo (suyo y el de su Dios) ha construido un ídolo pagano, un becerro de oro, ¿qué hace el iracundo héroe, al que ya vimos asesinar en un ataque de cólera a un egipcio? Helo aquí: exterminar a unos miles de sus infieles compatriotas. Las tablas de la ley serán guardadas en una caja, el arca de la Alianza, la cual será paseada por los hebreos hasta que la pierdan dando ocasión a la industria del cine para explotar un filón bastante apetecible. Pues bien, la legislación mosaica, que supuestamente será dictada desde el mismo cielo al supremo sacerdote, presenta una extraña mezcla de benevolencia y de crueldad, de justicia y de salvajismo arbitrario. Se diría que es un mosaico hecho con piedrecillas blancas y negras. Veamos dos casos opuestos: al hombre recién casado le libera de la obligación militar de acudir a la guerra para que pueda



“contentar a su esposa”. ¿No es ello una demostración de delicadeza jurídica superior a la tímida conciliación laboral y familiar de nuestros días? Ahora bien, si el marido pelea con otro hombre, y la mujer sale en defensa de su esposo agarrando “las partes pudendas” del contrincante..., ¡ay! entonces la ley es tajante: “mátese a la mujer por tan horrendo crimen”. Ciertamente “tocar las pelotas” posee aquí en este caso unas graves consecuencias.

Moisés, el “libertador”, era un hombre joven cuando sacó a su pueblo del dominio del faraón. Cuarenta años más tarde es ya un anciano y, como es lógico, debe morir más pronto que tarde. ¿Logrará alcanzar la tierra prometida? Magallanes se quedó a medio camino de acabar su viaje alrededor de la tierra. Si hubiera muerto a un par de millas de la costa hispana todo el mundo hubiera lamentado su mala suerte. Ese es el caso de Moisés, que fallece en las puertas de Canaán. La Biblia nos dice que Yahvé lo castiga por haber sido desobediente y como “consuelo”, o acaso para echar sal sobre la llaga, le deja ver la tierra prometida desde lo alto de un monte. Nos imaginamos a un portavoz gubernamental comunicando al pueblo con voz compungida y lágrimas en las mejillas: “Hebreos, Moisés ha muerto”. Con la muerte del Gran Patriarca se cierra un capítulo esencial de la vida del pueblo elegido. Por fortuna, Moisés tiene tiempo de nombrar con un “dedazo” a su sucesor Josué, hombre de confianza, evitando así las luchas intestinas, los congresos extraordinarios, las primarias, y todos los procesos a los que se ven obligados quienes no creen que el poder viene las alturas.

Si Moisés es un estadista, un legislador, Josué es un caudillo militar. Antes de entrar en Canaán manda unos espías a la ciudad de Jericó para que informen sobre los puntos débiles del enemigo. La avanzadilla encuentra la ayuda de una tabernera, valga decir una mujer “del oficio más antiguo del mundo”. En un arpa de Mesopotamia aparece dibujada una gacela con una jarra. Pues bien, en la lengua sumeria los nombres de “jarra” y de “gacela” se parecen en el sonido y la metáfora de “gacela” para aludir a una muchacha es tradicional. Hablando sin tapujos, el trabajo de tabernera era una tapadera de la prostitución. Algunos comentaristas bíblicos del pasaje afirman que los espías acudieron a la casa de Rahab (tal es el nombre de la fulana) porque tenían sed, aunque también es posible que les empujasen otra necesidad distinta de la de beber. Claro está que su apoyo - o su traición - debe ser recompensada con el perdón de su vida y hacienda y la de todos sus familiares cuando los hebreos se apoderen de la urbe cananea. La derrota de Jericó es, como el paso del mar Rojo, una de esas hazañas que quedan muy bonitas en el cine gracias a los

efectos especiales. Los sacerdotes y todos los hebreos dan siete vueltas a las murallas llevando el arca de la alianza y tocando las trompetas y, con tal vocerío... ¡las murallas caen!”. Los racionalistas nos hablan de un posible terremoto, o de una maniobra de distracción mediante el ruido que permitiera a los zapadores, como un mur en el muro, excavar túneles, o de... ¡qué más da! Sin duda una soprano puede romper más fácilmente una copa de cristal, pero unas murallas de piedra cayendo al son de unas trompetas es bastante más espectacular.

Otro episodio importante en esta supuesta “guerra relámpago” que conduce a la conquista de Canaán es la detención del sol por parte de Josué para que la victoria pudiese ser completa evitando que el enemigo, como al boxeador la campana, le salvase la noche. Nuestros actuales gobiernos pueden alterar la hora oficial haciendo que los trenes se detengan en las estaciones, y si madrugamos un poco (aunque no por mucho madrugar amanezca más temprano) seguramente ganaremos algunas horas de sol. Claro está que no hablamos de un sol de medianoche. En realidad, lo que hace Josué no es detener el sol sino entonar una canción patriótica – un “cara al sol” judío – en el que se pide al astro rey que se detenga sobre Gabaón y a la luna sobre el valle de Ayalón.

### 3

Una vez lograda la conquista de la tierra prometida, los hebreos se la reparten en doce partes correspondientes a las doce tribus descendientes del patriarca Jacob. Como es lógico, unos se quedan con la molla y otros con el rabo. Quienes se llevan la peor parte son aquellos que deben vérselas constantemente con el enemigo filisteo. Por suerte para los hebreos surge en su seno una figura extraordinaria, un Hércules de feria, un forzudo capaz de matar un toro de un puñetazo y un león de un abrazo. Se trata de Sansón, cuyo nombre, y no sin ton ni son, irá siempre asociado a la hermosa y pérfida Dalila, su amada y enemiga. Claro está que cada cual cuenta la historia según le va en ella. Quemar los campos mediante zorras con antorchas atadas a la cola puede ser calificado como una gracia, como una gamberrada infantil o, acaso, como “terrorismo de baja intensidad”. Ahora bien, la fuerza de Sansón tiene un secreto y las mujeres no gustan de los secretos ajenos. Dalila, más fiel a su pueblo que a su amante (claro aviso de que los hebreos no deben intimar con forasteras) logra averiguar con sus encantos y algún ponche que los cabellos largos de su hombre son más importantes que sus músculos y, al cortarlos mientras duerme, el forzudo se transforma en un hombrecillo normal. Los filisteos se

apoderan de quien tan malos ratos les había hecho pesar, le arrancan los ojos y lo encadenan. Pero Sansón, rogando arrepentido a su Dios, se transformará en un kamikaze, un terrorista suicida al que no le importa morir si se lleva por delante muchos más enemigos. El templo donde estaba preso y ridiculizado se convierte en tumba colectiva después de derribar en un portentoso esfuerzo las columnas que lo sostienen. Una vez más los racionalistas acuden aquí al “Deus ex machina” de los seísmos como explicación y donde el creyente ve la mano de Yahvé los historiadores recurren al comodín de los terremotos.

Sansón es un hombre fuerte, Samuel será un hombre justo. En aquel tiempo los hebreos, como en el cuento de las ranas, comenzaban a querer tener un rey como los otros países vecinos. Ya estaban cansados de que se les dijera que Yahvé dice esto o bien que Yahvé dice aquello sin que oyesen nunca el vozarrón del Señor. Sin embargo, el camino hacia la monarquía no es fácil. ¿Cómo van a ceder los clanes su poder a un rey único? La historia de las guerras entre federalistas y centralistas en el mundo moderno nos advierte que, sin la fuerza militar, todos los pueblos tienden a la anarquía. En situaciones de dificultad se acepta que una persona notable tome las riendas del barco para salvar los muebles. Estos caudillos militares son los “jueces”, encargados también de la justicia. Pero acabada la tormenta se deja de rezar a santa Bárbara. También en Roma la dictadura era una institución temporal, un estado de emergencia, un gobierno fuerte cuya autoridad tenía fecha de caducidad. Como último de los jueces, Samuel necesita traspasar el poder a un rey que haya sido antes designado por el Señor de los ejércitos. Ese será Saúl, un hombre aquejado del mal de la melancolía y que cumplirá su papel lo mejor que puede hacerlo una persona atormentada, con los nervios a flor de piel y padeciendo ataques de cólera. David, el pastor que vencerá con una pedrada a Goliat (un gigante filisteo réplica del Sansón judío) logra calmar la ira del rey practicando la terapia musical con el arpa. A David le gusta la música y la poesía, compondrá salmos y danzará delante del arca para vergüenza de la hija de Saúl, que lo ve como un payaso indigno de la realeza de su padre. Entre los dos hombres, David y Saúl, se produce una relación de amor y de odio que desemboca en una guerra civil entre los partidarios de la casa real y el futuro monarca que de pastor de cabras se convierte en pastor de hombres. ¡Qué envidia tuvo que padecer Saúl cuando, aludiendo a las batallas con los filisteos, las mujeres cantaban a su paso que había matado “mil” pero David sus “diez miel”. No hay nada peor para excitar el odio que la envidia.

Pablo Galindo Arlés, 23 de enero de 2015

